

este lance se uniforma su interés con su generosidad, y no es de tal modo ageno el asunto que no sea también el suyo.

CARTA LXV.

DE CLARA A JULIA.

Todo se acabó, y no obstante sus imprudencias está mi Julia segura. La sombra del misterio sepulta los secretos de tu corazón; estás en el seno de tu familia y de tu país, querida y honrada, gozando una reputación sin mancha y la universal estimación. Contempla estremeada los riesgos que te han hecho correr la vergüenza y el amor haciendo ó mucho ó muy poco: aprende á no querer en adelante conciliar incompatibles afectos, y bendice al cielo, amante sobrado ciega ó doncella en demasia medrosa por una dicha que solo á ti estaba reservada.

Quería evitar á tu afligido corazón la circunstanciada narración de tan cruda y necesaria partida; pero tú la pides y yo te la he prometido: cumpliré mi palabra con la sinceridad mutua entre nosotras, que nunca contrapesó con ella utilidad ninguna. Lee, querida y lastimada amiga, lee, pues así deseas, pero ten valor y armate de entereza.

Puntualmente se han ejecutado todas cuantas medidas ayer te participé. Al entrar en mi casa hallé en ella al señor de Orbe y á milord Eduardo; empecé diciendo á este cuando de su heroica generosidad sabíamos, y le manifesté cuán agradecidas estábamos ambas. Después les declaré las poderosas razones que nos asistían para hacer que se ausentara sin demora su amigo, y las dificultades que para determinarle se me ofrecían. Milord lo comprendió todo muy bien, y manifestó mucho sentimiento por el efecto que había producido su mal combinado celo; y ambos convinieron en que importaba acelerar la partida de tu amigo, y aprovecharse de su consentimiento momentáneo para precaverse de nuevas indecisiones, y sacarle del peligro continuo de permanecer aquí. Quería yo encargar al señor de Orbe de que hiciera los preparativos, sin que él lo supie-

se; pero tomó Milord el asunto por suyo, y quiso encargarse de todo. Me prometió que estaría pronta su silla de posta esta mañana á las once, añadiendo que le acompañaría hasta donde fuera necesario; y propuso sacarle de aquí con otro pretexto, y determinarle luego mas despacio. Me pareció que este medio adolecía de un defecto de ingenuidad, entre nosotros y nuestro amigo desusado; ni tampoco quise esponerle lejos de nosotras al primer efecto de una desesperación, que mas fácilmente podía esconderse á los ojos de Milord que á los míos. Por la misma causa no admití la propuesta que me hizo de hablarme el propio, y alcanzar su consentimiento. Preveía que sería delicada la negociación, y determiné encargarme sola de ella, porque conozco mas á fondo la parte sensible de su corazón, y sé que entre hombres reina siempre cierta sequedad que saben suavizar las mujeres. No obstante conocí que no nos sería inútil la cooperación de Milord para disponer las cosas; vi todo el efecto que en un pecho virtuoso podían hacer los razonamientos de un hombre sensible que cree que no es mas que un filósofo, y el calor que podía dar la voz de un amigo á los silogismos de un sabio.

Rogué pues á milord Eduardo que pasara con él la prima noche sin decirle cosa que con su situación conexión directa tuviese, disponiendo poco á poco su alma á la entereza estoica: V. que tan estudiado tiene su Epicteto, le dije, este es el caso de citarle, si hubo alguno, con fruto; distinga con sutileza los bienes reales de los aparentes, los que están en nosotros de los que están fuera de nosotros. En un momento que se le prepara una prueba esterna, pruebele V. que el mal solamente de sí propio viene, y que el sabio que todo lo lleva consigo también lleva su felicidad. Por su respuesta me convencí de que esta ligera ironía, que no podía enfadarle, bastaba para excitar su celo; y que no dudaba de enviarme al otro día á tu amigo bien dispuesto, que era todo cuanto yo deseaba; porque aunque en la realidad hago tan poco aprecio como tú de toda esa

filosofía parlanchina, estaba persuadida á que un hombre de bien siempre tiene alguna vergüenza en mudar de máximas de la noche á la mañana, y en desdecirse en su corazón hoy de cuanto ayer le dictaba su razón.

También quería el señor de Orbe asistir á la conversación, y pasar con ellos la tarde; pero yo le rogué que no hiciera tal cosa, porque no hubiera hecho mas que fastidiarse ó impedir la conversación. El interés que me inspira no quita que vea yo que no puede remontarse á seguir el vuelo de los otros dos, y el pensar varonil de las almas fuertes, que les enseña un idioma peculiar es lengua cuya gramática no sabe. Al dejarlos me acordé del punch; y temerosa de confianzas anticipadas, le dije sonriéndome una palabra á Milord. Soseguese V., me respondió, yo me dejo llevar de los hábitos que he contraído cuando no hay en ello riesgo; mas nunca he sido su esclavo: aquí se trata del honor de Julia, de la suerte y acaso de la vida de un hombre y de un amigo mio. Beberé punch, como acostumbro, porque no sospecho que hay misterio en la conversación; pero el punch será una limonada, y como él no le bebe, no lo conocerá. ¿No ves, querida, que afrentosa cosa es haber contraído hábitos que á semejantes precauciones obligan?

Muy agitada pasó la noche, y no solo á causa de tí: los inocentes gustos de nuestra primera mocedad, las dulzuras de una antigua intimidad, la sociedad mas íntima todavía de él conmigo de un año á esta parte, que tenía mas dificultades para verte; todo hacia mas amarga para mi alma esta separación. Veía que con la mitad de tí propia iba á perder parte de mi misma existencia; contaba inquieta las horas, y al ver que rayaba el día, miré no sin susto nacer el que de tu suerte iba á decidir. Pasé la mañana en coordinar mis razones, y reflexionando en la impresión que hacerle podrían; llegó por fin la hora, y vi que entraba tu amigo. Parecía inquieto, y me preguntó con ansia noticias de tí: porque al otro día de tu escena con tu

padre supo que estabas desazonada, y le había confirmado milord Eduardo que te habías quedado en la cama. Para evitar cuestiones le respondí al instante que te había dejado mejorada anoche, y añadí que dentro de un instante sabría noticias posteriores por Hanz, que acababa yo de enviar á tu casa. De nada valió esta precaución; me hizo cien preguntas acerca de tu estado; y como me desviaba de mi asunto, le di respuestas suscintas, y empecé mis cuestiones.

Lo primero que hice fué sondear el estado de su ánimo, que encontré grave, metódico, y en disposición de pesar el afecto en las balanzas de la razón. Gracias al cielo, dije dentro de mí propia, que tenemos á nuestro sabio bien dispuesto; solo se trata de ponerle á pruebas. Aunque sea uso común anunciar por grados las noticias infaustas, como conozco su fogosa imaginación, que con una palabra sola corre hasta el último extremo, me resolví á seguir el camino opuesto, y quise mas agobiarle primero con la carga, para darle luego alivio, que multiplicar en balde sus penas dándole mil veces tormento. Así que, tomando tono mas serio, y mirándole de hito á hito: amigo mio, le dije, conoce V. los linderos del valor y la virtud en una alma vigorosa? cree V. que sea esfuerzo superior al hombre renunciar lo que bien se quiere? Levantóse en pie al instante como un loco; juntando después las manos, é hiriendo con ellas la frente: ya entiendo, exclamó; Julia ha muerto; Julia ha muerto, repitió con un tono que me estremeció toda; por ese cuidado engañador lo conozco, por esas vanas contemplaciones que solo á hacer mas cruda y mas lenta mi muerte valen.

Aunque asustada con tan inopinado movimiento, luego adiviné la causa; y comprendí que habían motivado este falso sobresalto lo noticia de tu indisposición, las moralidades de milord Eduardo, la cita de esta mañana, el eludir sus preguntas, y las que yo acababa de hacerle. Bien ví que me podía aprovechar de su engaño dejándole en él algunos instantes, pero no me pude determinar á tamaña inhumanidad. Tan horrorosa es

la idea de la muerte de quien bien se quiere, que ninguna hay cuya sustitucion no sea grata; dime pues priesa à valerme de esta ventaja; acaso no la volverà V. à ver, le dije; pero vive y le ama. Ah! Si hubiera muerto Julia que tendria Clara que decirle? Dé V. gracias al cielo que libra su desventura de males con que pudiera abrumarle. Tan atonito, tan sobrecogido, tan fuera de sí estaba, que despues de haberle obligado à sentarse, tuve lugar para decirle menudamente y por orden cuanto convenia que supiera, y lo mejor que pude di realce à las acciones de mildred Eduardo, para dar en su honrado corazon algun desahogo al dolor con las dulzuras de la gratitud.

Tal es, querido, proseguí, el actual estado de cosas. Julia está à orillas del abismo à pique de verse abrumada con la publica deshonra, con el enojo de su familia, las violencias de un padre arrebatado y su propia desesperacion. Sin cesar crece el peligro; à cada instante de su vida está de mano de su padre ó de la suya propia dos dedos de su corazon el puñal. Un solo medio queda de precaver tantos males, y este medio de V. solo pende, en manos de V. está la suerte de su amante; vea si tiene valor para librarla ausentandose, puesto que aunque se quede no tiene permiso de verle; ó si quiere V. mas bien ser autor y testigo de su perdida y su oprobio. Despues de haber hecho à V. todos los sacrificios va à ver que hará por ella el corazon de V. ¿Es extraño que se rinda su salud à sus quebrantos? Si le asustan à V. los riesgos de su vida, sepa que es arbitro de ella.

Sin interrumpirme me oia; pero asi que comprendí de que se trataba vi que se desvanecia al punto lo animado de su semblante, las miradas furiosas, el gesto asustado pero vivo y fervoroso que antes tenia. Cubrió su rostro un denso velo de tristeza y consternacion; mistios sus ojos y amortecido el semblante anunciaba el abatimiento de su corazon; apenas para abrir la boca y responderme le quedaba fuerza. Es preciso partirme, me dijo en tono que otra

hubiera creído sosegado; no obstante, me partiré, no he vivido lo bastante! No, sin duda, le repliqué; es menester vivir para la que à V. le ama; se ha olvidado V. de que de su vida pende la de ella? Pues no debia ella separarlas, exclamó al instante; ha podido hacerlo y aun puede. Fingí que no oia estas ultimas palabras; y procuraba darle animo con algunas esperanzas, que no tenian cabida en su alma, cuando volvió Ham trayéndome buenas noticias tuyas. En el instante de júbilo que en él causaron exclamó: Ah! viva y sea feliz... si posible es, solo quiero hacerle mi ultima despedida... y me voy. ¿Ignora V., repliqué, que no tiene ella licencia par verle? ah! la despedida está hecha, y están Vds. ya separados: la suerte de V. será menos cruda cuando mas apartado esté de ella; tendrá V. à lo menos la satisfaccion de haberla dejado segura; haya desde este dia, desde este momento; tema que sea tardio tan costoso sacrificio, y tiemble de ocasionar todavia su perdida despues de haberse por ella sacrificado. ¿Que; me dijo enfurecido, me he de partir sin verla! no he de volverla à ver jamas! No, no; ambos, si es necesario, moriremos; yo sé que la muerte no le será penosa conmigo; pero la veré, suceda lo que sucediere, dejaré à sus plantas mi corazon y mi vida, antes que de mi propio me arranquen. No me fué difícil hacerle ver la locura y la crueldad de semejante proyecto; pero aquel, que, no la he de volver à ver! que sin cesar repetia en mas doloroso tono parecia que imploraba à lo menos un alivio para el tiempo venidero. ¿Porque, le dije, se figura V. sus males peores de lo que son? porque desecha esperanzas que la propia Julia no ha perdido? piensa V. que asi podiera separarse si creyese que era para siempre? No, amigo mio, bien debe V. conocer su corazon, y saber cuanto prefiere su amor à su vida. Temo mucho, temo (te confieso que le dije esta expresion) que en breve le anteponga à todo; crea V. que espera, pues à vivir se resigna, y crea que las precauciones que le dicta la prudencia tienen mas co-

nexion con V. de lo que le parece, y que no menos por V. que por sí propia se respeta. Entonces saqué tu ultima carta, y haciendole ver las tiernas esperanzas de esta ciega niña que cree estinguído su amor, di con este suave calor nuevo aliento à las suyas. Parecia que estos pocos renglones aplicaban à su envenenada herida un saluifero balsamo; vi que se serenaba su mirar, y se mojaban sus ojos, vi que por grados seguia à la desesperacion la ternura; pero aquellas postreras palabras tan espresivas como las sabe decir tu corazon; *no viviremos mucho tiempo separados*, le han hecho deshacer en llanto. No, Julia, no, Julia mia: ha dicho alzando la voz y besando la carta, no viviremos mucho tiempo separados; que unirá el cielo ó nuestros destinos en la tierra, ó nuestros corazones en la eterna morada.

A este estado le queria yo traer. Me atemorizaba su seco y oscuro dolor, y no le hubiera dejado partirse en esta situacion de animo; pero luego que le vi llorar, y vi salir con dulzura de su boca tu querido nombre, perdí el temor de que peligrara su vida, porque no hay afecto menos tierno que la desesperacion. En este instante de la conmocion de su corazon, sacó una objeccion que no habia yo previsto. Me habló del estado en que sospechaba que estabas, y juró que antes moriria mil veces que abandonararte à los riesgos que iban à amenazarte. Yo me guardé de hablarle de tu accidente, y solo le dije que se habian frustrado tus esperanzas, y que nada habia que aguardar. ¿Con que no quedará en la tierra, me dijo sollozando, monumento ninguno de mi dicha, que como un sueño que nunca tuvo realidad, asi se ha desvanecido!

Restabame por cumplir con la última parte de tu comision, y creí que despues de la union en que ambos habeis vivido no era necesario para desempeñarla preambulos ni misterios, Tam-

co hubiera evitado alguna altercacion sobre este asunto tan poco importante para eludir otras que de nuestra conversacion podian originarse. Le acusé de negligencia en sus propios asuntos, y le dije que temias que por mucho tiempo los descuidara aun, y que en este intervalo le mandabas que se conservara para ti, que satisfaciese todas sus necesidades, y que para ello se encargase del ligero suplemento que de tu parte le entregaba yo. No pareció ni que esta proposicion le repugnaba, ni que la miraba como importante. Solo me dijo que bien sabias que todo lo que de ti venia lo admitia con todo su corazon; pero que era inutil esta precaucion; y que una casa pequeña que en Granson acababa de vender (x), reliquia de su pobre patrimonio le habia dado mas dinero que cuanto hasta entonces en toda su vida habia poseído. Ademas de que tengo algunos conocimientos, añadió, que en cualquiera parte podrán servirme; y será mucha fortuna para mí, si en ejercitarlos alguna diversion à mis penas encuentro. Desde que he visto que uso hace Julia de lo que le sobra, lo contemplo como un sagrado tesoro de la viuda y el huérano, y no me permite la humanidad que enagene de él porcion ninguna. Le acordé entonces de su viaje del Valais, de tu carta y lo terminante de tus ordenes. Subsisten los mismos motivos... Los mismos! me interrumpió en tono de hombre indignado. La pena de no admitir sus dones era no volver à verla; que me deje que me quede, y acepto. Si obedezco, ¿porque me castiga? si no admito, ¿que mas mal puede hacerme?... Los mismos! repetia colérico. Nuestra union empezaba entonces, y ahora se acaba; acaso me voy à separar por siempre de ella; nada queda que de ella y mio comun sea; à estraharnos vamos uno de otro. Estas ultimas razones las pronunció con tanta opresion de su corazon, que me temí

(x) No puedo entender como este anonimo amante, que segun mas abajo se dice no tenia todavia veinte y cuatro años pudo vender una casa, no sien-do mayor de edad. De disparates semejantes están atestadas estas cartas, y me escuso de notarlos, basta advertir una vez al lector de ellos.

que iba à recaer en el estado de que con tanta dificultad le habia sacado. Es V. un niño, le dije afectando que me sonreia, que todavia necesita de tutor, y quiero yo serlo. Voy à guardar este dinero, y para que disponga V. de él como le acomode, en la correspondencia que entablaremos los dos, quiero que me dé cuenta de todos sus asuntos. Asi procuraba divertirme de sus funestas ideas con la de un carteo familiar, que seguiríamos, y esta alma sencilla que solo quiere agarrarse, por decirlo asi, à lo que en torno halla, se engañó sin dificultad. Convenimos luego en como pondríamos los sobrescritos de las cartas; y como no podian menos de agradarle estas disposiciones, hice que durara la conversacion hasta que llegó el señor de Orbe, que me dijo por señas que todo estaba ya à punto.

Facilmente comprendió tu amigo de que se trataba, y pidió con mucha ansia que le dejara escribirte; pero no quise yo permitirselo, previendo que un exceso de ternura le derriñria el corazon, y que apenas llegara à la mitad de la carta no habria forma de recabar de él que se ausentara. Toda demora es peligrosa, le dije; dese V. priesa à llegar à la primera posada, de donde podrá escribir despacio. Diciendo esto, hice una seña al señor de Orbe, me fui para él, y preñado el corazon de sollozos, estreché mi rostro con el suyo; despues no

supo lo que hizo, las lagrimas me quitaron la vista de los ojos, se me iba la cabeza, y era mas que tiempo de concluir el papel que habia representado.

Poco despues los vi que bajaban la escalera muy de priesa, y salí à la meseta por verlos hasta que salieran de casa. Faltaba este postrer golpe à mi agitacion. Le vi à este loco postrarse de rodillas en mitad de la escalera, besar los escalones mil veces; y Orbe que apenas podia arrancarle de esta piedra fria que apretaba contra su pecho, su cabeza y sus brazos, lanzando profundos y dilatados ayes. Sentí que los mios se iban à exhalar mal contenidos, y volví à entrar en mi cuarto à toda priesa, por no dar que decir à toda la casa.

A poco rato volvió el señor de Orbe, enjugando con un pañuelo sus lagrimas. Se acabó, me dijo; ya están en camino. Al llegar à su casa encontró su amigo de V. à la puerta la silla de posta. Tambien le aguardaba dentro de ella milord Eduardo, y asiendo de él, y estrechandole à su pecho: «Ven, malhadado, le dijo con un son de voz penetrado de dolor, ven à derramar tus quebrantos en este corazon que te ama. V. acaso conocerá un dia que no lo ha perdido todo en el mundo aquel à quien un amigo como yo le queda.» Al punto le metió con un brazo vigoroso en el carruaje, y se han partido estrechamente abrazados uno con otro.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

CARTA I.

A JULIA (1).

CIEN veces he tomado y soltado la pluma: desde la primera palabra vacilo, ni sé que tono tomaré, ni por donde empezaré, y es à Julia à quien voy à escribir! Ah, cuan otro, desventurado soy! Ya no es aquel tiempo en que cual inagotable torrente corrian de mi pluma mil afectos deliciosos. Huyeron los serenos momentos de confianza en que le abria mi corazon; agenos somos ya uno de otro, ni somos los mismos, ni sé à quien escribo. ¿Se dignará V. de recibir mis cartas? se dignará de pasar por ellas los ojos? le parecerá suficiente su circunspeccion, su reserva? seré osado à conservar en ellas nuestra antigua llaneza? seré osado à hablar de un muerto ó desdennado amor? no estoy mas atrasado que el primer dia que à V. escribí? ¿Que diferencia, ó cielos, de aquellos suaves y serenos con la presente horrible miseria! Ay! que empezaba à existir, y he caído en el abismo de la nada; que animaba mi corazon la esperanza de vivir, y ora tengo delante la imagen sola de la muerte, y en tres años de tiempo se ha concluido el venturoso circulo de mis dias! Ah! si puesto les hubiera termino antes que à mi propio sobrevivirme! si hubiera escuchado los anuncios de mi corazon despues de aquellas raudas horas de delicias, en que nada hallaba en la vida que dilatarla mereciese! Menester era sin duda ceñirla à tres años, ó quitar los de su duracion; mas valia no disfrutar la

felicidad que disfrutarla y perderla. Si este funesto intervalo le hubiera salvado, si hubiera evitado aquella primera mirada que me formó otra alma, estaria en mi razon, cumpliria con las obligaciones de hombre, y de algunas virtudes mi insulsa vida sembraria. Todo lo ha trastornado el error de un instante. Fueron osados mis ojos à contemplar lo que no debian ver, y produjo esta vista su inevitable efecto. De uno en otro descarrio solo soy ahora un furioso, cuyos sentidos están enagenados, un vil esclavo sin fuerza ni valor que en la ignominia su desesperacion y sus cadenas va arrastrando.

¿Sueños vanos de una alma que se estravia! falsos y engañosos deseos que apenas formados los desecha el corazon! Que vale contra verdaderos males imaginar soñados remedios, que cuando se nos ofrecieran no admitiriamos? Ah, quien habrá que sepa de amor, que te haya visto, y pueda creer que haya felicidad posible que yo à costa de mis primeros fuegos comprar quisiera? No, no; llévase sus beneficios el ciclo, y déjeme mi desventura con las memorias de mi pasada gloria: mas quiero los gustos que hay en mi memoria, y los tormentos que mi alma despedazan, que ser sin mi Julia feliz para siempre. Ven, idolatrada imagen à llenar un corazon que solo por tí vive, sigueme à mi destierro, constelame de mis penas, aviva y esfuerza mis muertas esperanzas. Siempre será tu inviolable santuario este despedazado corazon, y no te podrán sacar de él ni los

(1) Creo que no necesito advertir que en esta segunda parte, y la que sigue, apartados los dos amantes no dicen mas que disparates y desatinos, y que tienen los pobres la cabeza perdida.